

CARLOS DIAZ, *La política como justicia y pudor*. Ed. Madre Tierra, 1992.

Este libro, que supone el número cincuenta y uno de los escritos por el autor, es en primer lugar una reflexión sobre lo que es hoy la política, tras quince años largos de ejercicio democrático. Es la visión de un filósofo comprometido, desde hace ya va para el cuarto de siglo, cuando militaba en el entorno de la editorial ZYX, que contempla como “hoy la política, que ayer fuera entusiasmo, deporte, ilusión de futuro, ética en muchos casos, ha sido enterrada en buena medida cuando más triunfante se la suponía al canalizarse en su actual formato democrático, estrangulada precisamente por las manos parlamentarias de muchos de los que la habían elevado a emoción creativa”.

Observa como hoy impera “una cultura narcisista, donde el pueblo no se moviliza más que para las rebajas del Corte Inglés”, mientras la situación mundial se ha vuelto “tan enmarañada, tan interdependiente, tan multinacionalizada, que el mundo parece gobernado por el azar”, en medio de “una crisis cultural tan grande, que casi ninguno de los referentes léxicos que utilizó en su día parecen hoy servir para entenderse”: Izquierda-derecha, progresismo-conservadurismo, socialismo, clase obrera, etc.

En medio de esta situación, ve con preocupación como hasta los buenos amigos que crearon un partido con un ideario, una filosofía y una praxis personalista y comunitaria, al entrar en la dinámica del poder, con sus necesaria política de alianzas y rebaja de ideales, “para sintonizar con un pueblo que por su parte ha rebajado también él sus propios ideales”.

El libro comienza, relocalizando la política como valor, para inmediatamente a continuación pasar a desenmascarar “diez mitos expiatorios del burgués”, para eludir su responsabilidad política. Apuesta por recuperar el sentido del ejercicio político, a todos los niveles, “en su dimensión creativa y no cansina, ética y no meramente, económica, utopofética y no exclusivamente administrativa”. Para ello llama a recuperar la política como un valor que consiste en participar a todos los niveles en la gestión de las cosas comunes y en beneficio de todos: es decir la política como ejercicio sistemático de la caridad, que brota de “una acción militante y solidaria que viene del sur (entendido como rostro del otro, en todos los sentidos), pasa por el sur y al sur tiende”.

La actitud regeneradora con que se ha de realizar esta política ha de “poner racionalidad contra desorden, bien frente al mal, amor y no odio, solidaridad en lugar de egoísmo, paz en lugar de violencia, para hacer el bien donde hubo el mal, para sobreabundar en gracia donde abundó desgracia”.

La tarea a realizar: llenar de mística a la política. Frente a “las grandes dificultades epocales” es preciso tener en cuenta que “nada, absolutamente nada, se hizo nunca, ni se hará jamás en la historia sin una convicción fraterna apasionada, sin una revolución del corazón. Por eso ha de renacer el gran tiempo de un nuevo sujeto místico capaz de mover al sujeto ético-político. El sujeto tridimensional de la gran metafísica, la gran socialidad y la gran vida personal”.

El político, así entendido, no es un simple amasador-gestor del poder, ni un amoralista, ni un mero técnico en las razones de Estado. El político bien formado como tal ha de tener bien presente que la política no es una ciencia autónoma, sino una intersección, un terreno común donde se solapan y entrecruzan desde su misma interioridad la razón discursiva (la razón dialógica), la razón crítica (profética), y la razón técnica. Un político acrisolado concitará en la medida de lo posible todas esas racionalidades en el horizonte de la razón mística (es decir unificante, sinóptica, de todos para uno y uno para todos).

Más adelante el discurso plantea la cuestión de que “lo propio de la política no es en modo alguno lo particular sino lo universal: una racionalidad que busca la universalización de la conducta. Pues sólo un político ecuaníme, con voluntad de servicio comunitario, puede convertirse en verdadero pedagogo, en la medida en que su acción sirva de ejemplaridad para el común. Para eso hará siempre falta que se mantenga todo ser humano, todo político por ende, lo más cerca posible de aquella vetoroafirmación inveterada de los Hechos de los Apóstoles, racionalidad metapolítica pero fundante de toda acción comunitaria, donde se nos dice que todos los creyentes estaban en lo mismo y tenían todas las cosas en común”.

En el límite sólo la sociedad mundial tomada como un todo merece la pena para el hombre político, en la medida en que no puede ser bueno para un pueblo pequeño lo que resulte nocivo a la humanidad. ... Trabajar en la medida en que se pueda para esa utopía democrática supranacional, federada y mundial constituye un referente del político universalista.

Se pregunta, ¿y si la realidad no responde a nuestras convicciones? La respuesta es clara: “entonces habrá que intentar modificar la realidad, dominarla; nunca la realidad sea para nosotros más imperativa que la fuerza de una idea nacida al calor de nuestro yo quiero”.

Finalmente, el libro plantea la cuestión del poder, que define como “presencia dinámica del ser, de tal suerte que cuanto no es poder se troca en impotencia”, diferenciándolo del “poderío”, con el cual suele ser confundido,

y que no es otra cosa que “la degeneración de un poder que ha perdido el sentido del otro.

Ligada a la cuestión del poder se pregunta si “no existirá la posibilidad de hacer alguna vez política sin necesidad de hacerla en el interior del Estado, superestructura inevitablemente burocrática y victimadora de sus criaturas por cuanto actúa separada de la (auto)gestión popular. ¿No cabría esperar algún día una eventual rectificación del sesgo adoptado hasta la fecha por el Estado en cuestión, en favor de una estructura posestatal, más descentralizada, más federadas, más cercana a las bases ciudadanas, más civilmente social, más humanizada en definitiva, con más rostro humano?

En el análisis que sigue se plantea la cuestión de la relación biunívoca entre el fortalecimiento del Estado y la debilidad de la sociedad civil, “adormecida por el consumo”, que “se deja gobernar y engañar por el Estado del que cada día depende más”. Por tanto de nada sirve el enfrentamiento con el Estado sin una apuesta y una dedicación subsiguiente por la sociedad civil”. Por tanto, entre el estatalismo y el caos está el deber de ir articulando progresivamente mayores cuotas de autoorganización social en las distintas esferas de la vida civil moral y técnica.

Concluye, la parte principal del libro, que termina con un capítulo dedicado a desentrañar el significado político de las celebraciones del Quinto Centenario, exortándonos a que “en orden a la efectiva realización de tales deseos, (...) estemos del lado de la humanidad, la cual comienza con cada ser humano”.

Esteban de Manuel Jerez